

# *El génesis*

## de los Apapokuva-Guaraní (Fragmentos)\*

---

### LA CREACIÓN (YÑEPYRU) <sup>2</sup>

Ñanderuvusú oguahé oúvo,  
Ñanderuvusú...<sup>3</sup>

Le precedía un trueno silencioso.  
La oscuridad tapaba los caminos,  
pero su diestra relampagueante  
sobresalía en las tinieblas  
aproximándose...

Desde mucho antes de aparecer  
en medio de los eternos murciélagos de sombra,  
Ñanderuvusú envió signos  
de su presencia solitaria.

Ñanderuvusú, el Gran Padre,  
dueño de la luz que aún no era la luz,  
del viento que aún no era el viento,  
del agua que aún no recogía rostros y montañas  
con la punta de su lengua húmeda.

No había caminos  
en la gran noche del principio.  
Sólo Ñanderuvusú conocía el camino,  
como el relámpago conoce el suyo  
y lo hace y lo deshace al instante.

---

\* Versión libre y notas de Augusto Roa Bastos.

Iñipyurú oñepyrú,  
Ñanderuvusú oú...<sup>4</sup>

Todo esperaba el nacimiento del principio  
en una concentración de fuerzas atrepellándose  
desde atrás hacia adelante,  
en un remolino obscuro  
bajo las alas membranosas  
de los murciélagos eternos.

Todo esperaba la aparición de Ñanderuvusú  
con oídos todavía de piedra,  
con ojos todavía sin miradas,  
conteniendo el aliento inmortal.

Hasta que de improvisto  
el sueño infinito se interrumpió;  
El viento empezó a respirar débilmente,  
un fuego azul  
comenzó a chisporrotear sobre el ala  
del murciélago más distante;  
el trueno estalló  
y se dividió en dos grandes bloques de itá hú <sup>5</sup>  
y Ñanderuvusú apareció solo y profundo  
trayendo el sol sobre el pecho.

Ñanderuvusú, el Gran Padre Brillante,  
que está antes y después de todo,  
y en medio de todo,  
como un acantilado ardiendo  
que nadie puede rodear con los brazos.

Ñanderuvusú omoñepyrú  
iñipyurú <sup>6</sup>  
En medio de la luz cegadora  
que le brotaba del pecho,

Ñanderuvusú atraía o separaba las cosas de sí  
con sus latidos resplandecientes  
en que el sol parecía pestañear por primera vez.

Los murciélagos eternos,  
celosos de su guarida inmemorial,  
se abalanzaron sobre Ñanderuvusú  
queriéndole azotar el rostro con sus alas.

Pero Ñanderuvusú  
los ahuyentó con una palmada  
de la que brotaron las estrellas.

Luego Ñanderuvusú  
trajo el eterno palo cruzado  
la insignia misteriosa de su poder  
parecida a una estrella  
de cuatro grandes brazos relucientes  
que muestran a los vientos su dirección  
y al tiempo la medida  
de sus cuatro estaciones, sus edades  
le verano y de escarcha, de hoja seca y de flor.

Ñanderuvusú se inclinó  
con el rostro hacia el Naciente,  
puso el mundo en el eje de la estrella,  
y entonces la morada del Hombre quedó hecha,  
y estará firme como el primer día  
hasta que Ñanderuvusú  
arranque el sostén celeste  
para que el mundo vuelva a precipitarse en la nada...

### EL PRIMER HOMBRE (ÑANDERU ARANDU)<sup>7</sup>

La primera mañana,  
como una garza hiriendo con sus alas la piedra,  
amaneció volando sobre el mundo  
desde la noche antigua hasta los hombros  
del Gran Padre.

Ñanderuvusú pasó la mano  
sobre el plumaje blanco de la claridad,  
y cubriéndose el rostro  
con la espuma naciente de la primer mañana,

llamó a su lado al Hombre,  
al primer Hombre, al Abuelo.

Ñanderú Mba'é Kua'á,  
Ñanderú-Arandú,  
Oíma Ñanderuvusú-ndie <sup>8</sup>

—Tú eres el primer hombre;  
en ti comienza el tiempo,  
y así como eres el principio,  
también eres el fin.

—El último hombre  
tendrá tu mismo rostro,  
tu misma edad,  
tu misma boca llena de preguntas. . .

La voz de Ñanderuvusú  
llenó el mundo de grandes suspiros.  
Ñanderú-Arandú  
—el Hombre que siente el tiempo, el primer Hombre—  
sintió bajo sus dedos deslizarse  
las vértebras suaves de su edad,  
como una tenue fiera  
que le lamía los pies  
comiéndoselos casi sin sentirlo,  
como la cerrazón come las piedras.  
Subido en la rama más alta del árbol más alto  
buscaba la faz de Ñanderuvusú  
con sus ojos opacos,  
pero sólo podía ver el gran sol de su pecho  
de donde el día manaba a borbotones  
resplandecientes.

Porque así como Ñanderuvusú  
sólo en la obscuridad aparece,  
Ñanderú-Arandú, hijo de la claridad,  
sólo en el día muestra su presencia.

Ñanderuvusú, con un silbido,  
llamó a los animales y a los pájaros,

que pasaron trotando y volando,  
buscando su color, su propio grito, sus manchas,  
sus guaridas, sus árboles, sus distintas violencias.  
Y en la orilla del mundo,  
arropado en vapores azules,  
el Gran Tigre primitivo  
de piel de cielo y fuego,  
dormitando los miraba pasar...

Ñanderú-Arandú, sin poderlo evitar,  
volcó su primera pregunta en las manos  
del Gran Padre Brillante:

—¿Cómo eres, Ñanderuvusú,  
cómo es tu rostro?

Ñanderuvusú hizo entonces el agua,  
no dijo nada,  
pero los árboles y las montañas y las nubes  
empezaron a mirar su tamaño  
desde lo alto a lo bajo en el agua.  
Cuando Ñanderú-Arandú  
se encontró con su imagen  
se puso a temblar, y temblando  
miró nacer con la noche,  
en el lugar de su rostro en el agua,  
la luna de ojos verdes y mansos.

## NACIMIENTO DE KUÑA<sup>9</sup>

Vestida de agua, con su anillo de agua,  
con su pecho de arena pero adornada de agua  
la tierra en su soporte  
de cuatro grandes vientos estelares  
comenzando a girar se fue embutiendo  
en su pellejo trémulo  
de animal verde recién amanecido.

Todo ya estaba hecho pero aún  
el Gran Padre Brillante deformaba y formaba

estambres y plumajes, direcciones, semillas,  
con manos impregnadas de cigarras  
en el zumbido musical de sus gestos profundos.

Alzando más la voz:

—Ahora debemos a la mujer encontrar...  
Yayuhú vaerá kuña, <sup>10</sup>  
la dueña de la fecundidad.

Ñanderú-Arandú  
bajando los ojos hasta el barro,  
ignorante de su sabiduría pregunta:

—¿Dónde? La mujer no está aquí.  
¿Tal vez detrás de mí,  
o bajo algún inmenso pájaro que la empolla  
como un huevo de nácar tostado por la noche?

Y el Gran Padre le dice:

—No: la mujer está aquí,  
sumergida en el agua,  
transparente como el agua,  
como el agua llorando alegremente,  
sin que la sientas tú. . .

—Esperarás a que caiga la obscuridad,  
destaparás este cacharro  
cuya arcilla mojada  
puse a secar bajo la luna,  
y en el fondo hallarás a la mujer.

—Mirándola en los ojos,  
que aún ven correr sus venas de agua  
en lo más hondo de su sueño,  
la abrazarás, la enredarás ardiendo  
en tus caricias, hasta hacer que despierte  
por la hendidura de su vientre roto y florido. . .

Ñanderú-Arandú, por la noche,  
destapó la vasija de arcilla.  
Color de tierra y agua, medialuna morena,  
se le apoyó en el pecho la durmiente temblando,  
y él yaciendo con ella  
la fecundó como un gran río  
que entra cantando en una selva gorjeante,  
hasta que poco a poco,  
ella quedó despierta y solitaria,  
y él inmóvil, al lado, con su inútil carbón  
de hombre quemado en su llama olorosa.

NOTAS:

<sup>1</sup> Ver, R. BAREIRO-SAGUIER, «Colonialismo mental en el bilingüismo paraguayo», en *Escritura*, No 1, Caracas, I-VI, 1976.

<sup>2</sup> *Ñyppyrú: El Principio*.

<sup>3</sup> *Nuestro Gran Padre está llegando*

<sup>4</sup> *Nuestro Gran Padre...*

<sup>5</sup> *El*

<sup>6</sup> *Piedra Negra*.

<sup>7</sup> *Nuestro Gran Padre hace comenzar el Principio*.

<sup>8</sup> *Ñanderú-Arandú: El Adán guaraní, El Hombre que siente el tiempo*.

Nuestro Padre que todo lo sabe,

Nuestro, Padre que siente el tiempo.

Ya está con el Gran Padre.

<sup>9</sup> *Kuñá: la mujer, dueña de la fecundidad*.

<sup>10</sup> Debemos encontrar a la mujer.